

Programa Interuniversitario de Historia Política

Foros de Historia Política – Año 2016

www.historiapolitica.com

Comentario al texto de Francisco Reyes: “**El aprendizaje de la calle. Los socialistas y las manifestaciones públicas en la Argentina finisecular (1894-1901)**”

Marianne González Alemán (Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr Emilio Ravignani” – UBA/CONICET- UNTREF)

Hace varias décadas que *La política en las calles* de Hilda Sabato se instaló como una referencia ineludible para quien se interesa en la cultura y en las prácticas políticas de la segunda parte del siglo XIX. Como sostiene la autora, la participación política durante el período 1862-1880 no fue asociada estrictamente al ejercicio del voto, sino que otras instancias de la esfera pública fueron valoradas por los porteños como medios de intervención benéficos para el funcionamiento de las instituciones republicanas. En particular, las manifestaciones callejeras fueron una de las expresiones más visibles de esa "cultura de la movilización" que Sabato retrata como una predisposición de los porteños por intervenir en la esfera pública y expresar al gobierno sus intereses colectivos en nombre del "bien común".

En los últimos años, una serie de investigaciones se dedicaron a explorar de qué manera los aspectos centrales de la cultura forjada en el período estudiado por Sabato pudieron perdurar posteriormente, a medida que se modificaron las reglas de juego político y el perfil de la sociedad porteña. Algunos trabajos, centrados en el período del llamado régimen conservador, dieron cuenta de la evolución de las formas de participación política en un contexto de competencia electoral hegemonizado por el Partido Autonomista Nacional. Pusieron en evidencia la existencia de una dinámica opositora al partido hegemónico que contribuyó a socavar la legitimidad del orden político imperante mediante el uso de denuncias periodísticas y de movilizaciones callejeras lideradas por los estudiantes. Otro conjunto de producciones se enfocaron en la nueva relación que se fue tejiendo entre el voto y la calle a partir de la reforma electoral de 1912 y de la consolidación del sistema de partidos. Sin embargo, todavía faltan trabajos más específicamente dedicados al cambio de siglo, es decir, al momento de formación de los partidos modernos como organismos de intervención política. En este sentido, el trabajo de Fernando Reyes constituye un aporte muy valioso, ya que su análisis de las manifestaciones públicas del Partido Socialista (PS) propone examinar cómo este nuevo actor colectivo contribuyó a la transformación de las prácticas en un contexto en que se iban replanteando las formas legítimas de participación y los contornos del campo político.

En una sociedad caracterizada por una creciente transformación, complejización y movilización, la incipiente cultura militante socialista dio una nueva impronta a los usos políticos

de la calle. Más aún, según Francisco, la manifestación callejera constituyó “la forma de intervención política privilegiada” a la que recurrieron los socialistas para consolidar la construcción y la identidad del partido en ciernes. Esta forma de acción funcionaba como un instrumento “de autorrepresentación y de diferenciación”, al mismo tiempo que permitía la expresión de demandas vinculadas al mundo del trabajo y a la clase obrera que se pretendía representar. A su vez, participaba de la tarea pedagógica y civilizatoria que los dirigentes atribuían a su misión política, y ofrecía la posibilidad de instalar en el espacio público las interpretaciones en clave ideológica que se hacían sobre los grandes conflictos nacionales e internacionales. De esta manera, sostiene el autor, las “manifestaciones no actuaban como un canal sustitutivo de participación política para un movimiento hostilizado por las autoridades debido a su capacidad contestataria, sino que constituyeron un elemento medular y perdurable de la práctica política socialista”.

El texto da cuenta con mucha rigurosidad de las prácticas y de los motivos a partir de los cuales los militantes invistieron las movilizaciones callejeras en forma específica. La propuesta más fuerte y estimulante de Francisco es la que sostiene que estas últimas representaban el elemento “medular” de la acción política preconizada por los miembros del partido. El carácter muy sugestivo de dicha afirmación reside en el hecho de contrastar con lo que la historiografía suele señalar como los principales medios de organización colectiva e intervención política privilegiados por los socialistas (actividad sindical, cooperativas, campo electoral, difusión de la prensa). El argumento pone así la lupa en un modo de acción seguramente clave que no ha sido tomado suficientemente en cuenta; sin embargo, merecería ser reforzado con la exposición de evidencias empíricas más contundentes. En efecto, los discursos de dirigentes citados en el trabajo no se refieren específicamente al rol que estos atribuían a las manifestaciones públicas, sino a la “acción política” o pública en sentido más general (la cual incluye otros medios de intervención).

Resultaría interesante calibrar con más precisión la importancia asignada a la movilización callejera por los socialistas. En este sentido, le preguntaría a Francisco si existen escritos, artículos periodísticos o discursos de oradores que remiten más explícitamente al lugar que ésta ocupó en la concepción que los militantes se hacían de la lucha política. ¿En qué medida representaba una forma de intervención privilegiada por sobre las otras? ¿O dicho de otra manera, qué relaciones mantenían esos usos de la calle con los otros mecanismos formales e informales de participación política de la época? Me refiero en particular a la prensa partidaria, las elecciones y la vía parlamentaria/legislativa. ¿La articulación de estos tres espacios da cuenta de un cambio en las formas de concebir el campo político? Finalmente, ¿Cómo se explica esa centralidad de las

manifestaciones en la práctica política de los socialistas? Me pregunto si un primer elemento explicativo no podría encontrarse en las dificultades que encontraba el Partido Socialista para implementar su estrategia de lucha gradual, legalista, basada en su apuesta por la vía parlamentaria y la reforma. En efecto, dicha apuesta, que se apoyaba en la decisión de concurrir a las elecciones, partía del supuesto de que los trabajadores trasladarían sus intereses objetivos a sus prácticas como votantes. Sin embargo, la escasa predisposición de los extranjeros a nacionalizarse representaba un obstáculo para la ampliación del electorado socialista. De ahí, tal vez en parte, la relevancia que alcanzaron otras formas de intervención popular que favorecían una participación más amplia y eran tradicionalmente consideradas como un mecanismo de interpelación cívica a los gobernantes en un marco republicano.

Como ya lo señalé, el gran aporte del texto es el de dar cuenta en forma muy convincente y sólida de los elementos y sentidos disruptivos y singulares introducidos por las prácticas socialistas en la calle. No obstante eso, también resultaría interesante profundizar los aspectos menos novedosos, pero consustanciales a esa apropiación del repertorio de las manifestaciones por el nuevo partido. Por un lado, valdría la pena desarrollar más a fondo las menciones del texto a las vinculaciones internacionales del PS. ¿Los dirigentes argentinos remitían a modelos de movilización callejera extranjeros (belga, alemán, francés)? ¿Qué transferencias culturales operaron en la introducción y adaptación local de determinados repertorios “extranjeros” de acción callejera? Por otro lado, sería interesante enfatizar un poco más en los elementos que inscribían estos mismos modos de acción colectiva en el contexto local. Si bien las manifestaciones se transformaron, convirtiéndose en la expresión, bajo la conducta del partido, de una nueva forma de autoafirmación de una clase que reivindicaba la igualdad de derechos, también se enmarcaron en tradiciones previas de uso políticos de la calle ¿Cuáles son los elementos que dan cuenta de una resignificación de los usos tradicionales de la calle y de la cultura política local? ¿Qué nos enseñan sobre los cambios en el sentido y la legitimidad que los actores políticos de aquél entonces atribuían a la acción colectiva y, por ende, a la participación/representación política?

El apartado del texto dedicado a las causas a través de las cuales los socialistas se instalaron en las calles como un actor colectivo visible y fueron definiendo el perfil del nuevo partido permite reflexionar sobre este último punto. Más allá de las causas que expresaban, las movilizaciones remitían a repertorios de acción, principios de legitimidad y geografías simbólicas sobre los cuales podría ser interesante detenerse. El primer repertorio identificable retomaba claramente la tradición peticionaria derivada del art. 14 de la Constitución de 1853 a partir de la cual diferentes actores colectivos podían interpelar públicamente a las autoridades en nombre del “pueblo”, para tratar de

influir en las decisiones políticas. En este caso, sin embargo, el socialismo parecía distinguirse del estilo más “alborotado” que caracterizaba ese tipo de manifestaciones generalmente protagonizadas por los opositores más tradicionales al gobierno del PAN. Además, el PS se posicionaba en un lugar de enunciación que difería del unanimismo característico de las fuerzas políticas de la Argentina decimonónica. Al “pueblo”, no lo conformaban todos, sino únicamente las clases trabajadoras, a través de su parte más consciente. Las concentraciones también se amoldaban a la geografía tradicional de las manifestaciones cívicas delimitada por la Plaza de Mayo: frente a la Casa Rosada, la Cámara de Diputados o el Palacio Municipal, dependiendo del poder cuya intervención se pretendía solicitar. Generalmente acompañadas de manifiestos y de alguna campaña periodística, estas movilizaciones reclamaban por reformas y, por lo tanto, solían tener resonancias en el debate parlamentario. En este sentido, vinculaban la calle con otros espacios, a la vez públicos y políticos.

El segundo repertorio remitía a la tradición obrera y al desfile como apéndice de un mitin sindical destinado a afirmar la cohesión del grupo obrero en lucha y la fuerza del movimiento de protesta. Es de suponer que la geografía seguramente respondiera a la inmediatez de los acontecimientos. De hecho, su carga contestataria y su carácter desordenado eran condenados por la dirigencia del PS. En cuanto al tercer repertorio, se presentaba como un ritual de autorepresentación de clase, enmarcado por el partido y con dimensión internacional, cuyos itinerarios parecían delinear una nueva geografía de las movilizaciones que vinculaba al sur obrero con el norte de la ciudad (Plaza Libertad o Rodríguez Peña).

Finalmente, la principal fuente del trabajo, *La Vanguardia*, aparece como un dato constante y consustancial de los acontecimientos. En el texto, el órgano del partido es principalmente usado como fuente de información sobre las movilizaciones. Sin embargo, también constituía un medio de expresión clave para el partido, así como un actor directamente involucrado en el hecho de manifestarse públicamente. Además de ser una plataforma de agitación y de convocatoria que acompañaba los esfuerzos de movilización de la militancia socialista, el diario representaba un espacio de producción y resignificación del evento, capaz de potenciar su visibilidad (más allá del centro de la ciudad) y de otorgar un sentido “oficial” a lo sucedido. Una manifestación callejera se suele acompañar de una “manifestación de papel” que la reinterpreta. La insistencia del diario en el carácter “ordenado” y “culto” de los manifestantes socialistas, por ejemplo, da cuenta de la imagen que el partido procuraba construir de sí mismo para adentro y para afuera (hacia sus “otros”). El relato forma parte de toda una serie de esfuerzos de los socialistas para hacer efectiva esta imagen de manifestación. En este sentido, sería interesante ver en qué medida, en la etapa de “aprendizaje”, los manifestantes podían adoptar comportamientos que no necesariamente se amoldaban al patrón

del “obrero consciente” y del “ciudadano civilizado” (Cf, el meeting de los desocupados). Por otro lado, una diversificación de las fuentes permitiría tal vez ampliar la perspectiva, no sólo en pos de la reconstrucción fina de lo sucedido, sino también para abordar las implicancias de las movilizaciones del PS en las esferas pública y política. Una manifestación suele suscitar justificaciones, distintas interpretaciones y debates en diferentes ámbitos que también participan de la producción del acontecimiento político. ¿Qué dicen los otros diarios de las manifestaciones socialistas? ¿Hubo debates en el parlamento al respecto? En definitiva, me pregunto si las manifestaciones socialistas no deberían entenderse también como un elemento de un escenario público más global y de una empresa más vasta de acción política que vinculaba la vía parlamentaria, la participación en elecciones y el desarrollo de la prensa.